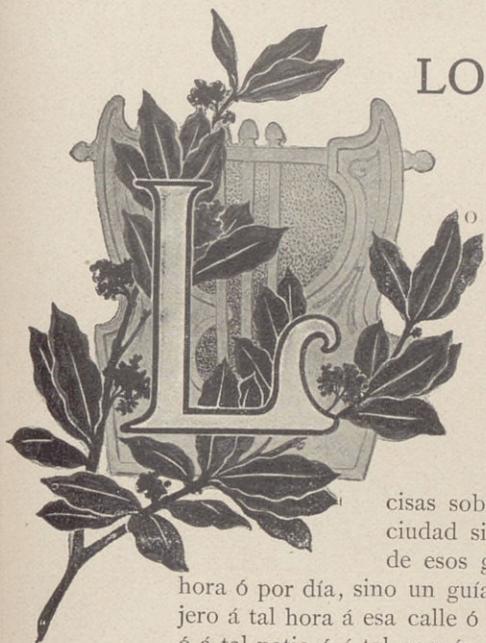


HERNANI



LO QUE NO SE VE EN TOLEDO



Lo que no se ve en Toledo es todo aquello que dejaron de mencionar en sus guías el señor Conde de Cedillo y el inmortal Baedeker, pues lo que ellos anotaron más de un inglés y de un americano lo vieron todo, porque para muchos de esos anglosajones un viaje no es otra cosa que una comprobación de lo que sus guías escribieron, y pescarles en falta les da más gusto que el comprobar la exactitud de sus recomendaciones. Lo que les desespera, á los que no van disfrazados de *touristes*, es la falta de indicaciones precisas sobre lo que no se ve en una ciudad sin un guía práctico, no uno de esos guías alquilones á tanto por hora ó por día, sino un guía de esos que llevan al viajero á tal hora á esa calle ó esa otra, de día ó de noche, ó á tal patio ó á tal zaguán ó azotea, para ver los restos perdidos de una edad remota ó de una civilización muerta, ó los fragmentos extraviados de las artes decorativas de todas las edades de una ciudad histórica.

Varias veces he tenido dentro y fuera de España el placer de haberme hecho ver lo que no se ve por un viajero distinguido cicerone, y por mi parte siempre he estado á la recíproca, porque es muy sugestivo sentir las emociones estéticas que uno deliberadamente quiere causar en los otros.

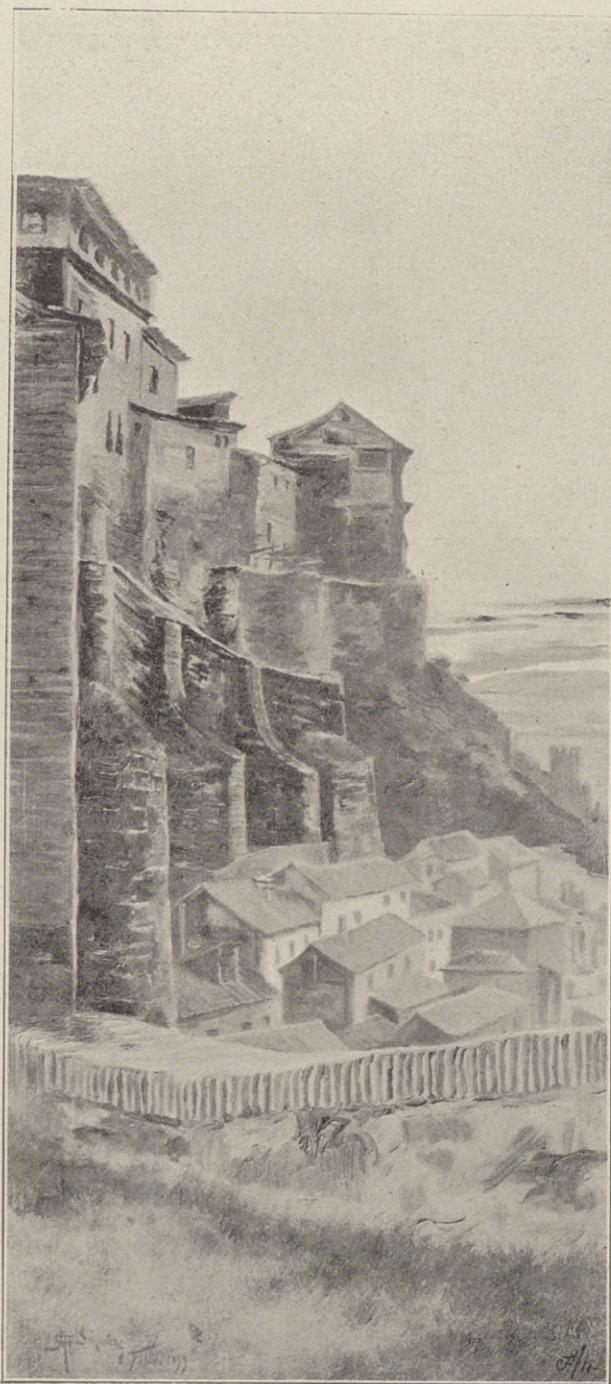
Hame tocado esta vez en Toledo la dicha de que me acompañara un hombre que se consagra, ó, mejor, que consagra todo el tiempo que tiene disponible, á ver lo que no se ve en Toledo, ó, como él dice, «lo que se pierde en Toledo», lo cual no es del todo exacto, puesto que está para perderse, y aun lo que en efecto acaba por perderse se encuentra vivo en sus cuadros y en sus álbums.

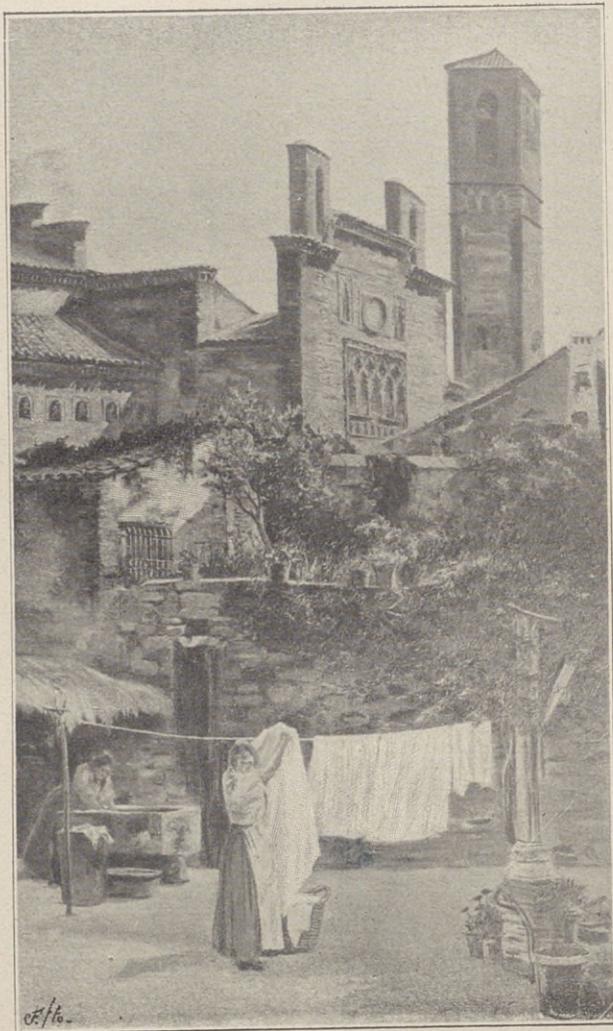
Primero, digamos de sus cuadros, ó sea de los cuadros del capitán y profesor del Colegio de huérfanos militares de esta, D. Manuel González Simancas, bien conocido en Barcelona en todos los centros artísticos.

Seis son los cuadros de los que presentamos sus reproducciones fotográficas, enviadas por el Sr. González Simancas á la Exposición Nacional de Madrid; y de ellos nada diremos como obras pictóricas, pues no los hemos visto, que en la Exposición están y nosotros en Toledo, sino como de cuadros vivos contemplados *in loco*, con la fotografía en la mano.

Toledo tiene su remoto pasado histórico en la época visigótica, y, para todo viajero ilustrado, la primera preocupación es saber qué queda, qué puede verse de la monumental corte de los Recaredos y los Wambas.

González Simancas se lo dirá y se lo enseñará á quien acuda á su ilimitada amabilidad. El, incansable llevará, al que lo sea tanto como él, por los mil vericuetos de las calles toledanas para enseñarle las piedras que del palacio godo, ó de la goda basilica de Santa Leocadia, se encuentran empotradas en las antiguas calles de la ciudad, y por





remate le llevará á ver, en las horas crepusculares, como conviene á la tan nubosa civilización visigótica, los restos de las murallas del más popular de los monarcas de aquella edad, del rey Wamba.

Aquí las tenemos: á la luz incierta del crepúsculo apenas se distingue, en último término, la hermosa vega que riega el Tajo serpenteando entre la famosísima fábrica de armas y los históricos molinos del Ángel, lugar amenísimo en donde los árabes tenían sus deleitosos y predilectos cármenes y almunías.

Destácase en primer término, á la izquierda, la grandiosa masa de edificaciones que constituye el actual monasterio carmelitano, antiguo seminario; y por el frente se ven, perdiéndose poco á poco entre la bruma, esas construcciones que parecen cimentadas en lo que resta de las murallas visigóticas, buscando las puertas antigua y moderna de Bisagra, con su iglesia de Santiago, una de las que más puro conserva el estilo mudéjar y la que más recuerda las furiosas predicaciones de San Vicente Ferrer, que tan crueles fueron para los judíos españoles.

Hela aquí, en su segundo cuadro, la famosa iglesia de Santiago, enclavada entre las dichas puertas de Bisagra, formando su torre y fachada principal el fondo del cuadro, vista desde el interior de un patio que ofrece una sucesión de planos todos pintorescos y bien contrastados por lo quebrado del suelo toledano, pues nada el arte ha puesto de su mano para producir tan deliciosas perspectivas.

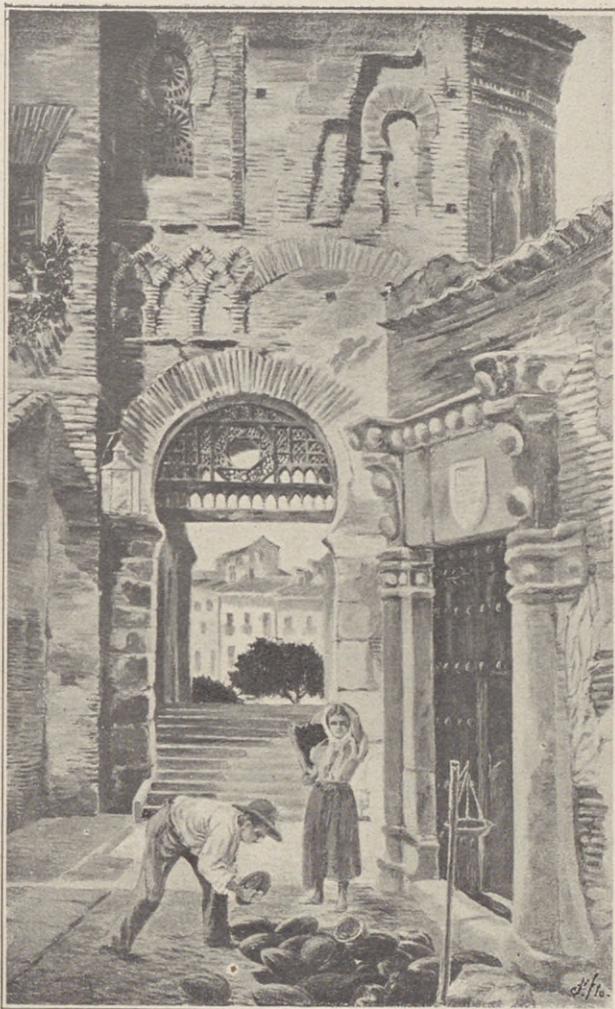
El arte y el artista se ven en este tercer cuadro. El ar-

tista ha agrupado elementos de los que ya no se ven en Toledo, pero que renacen de sus carteras; y el arte árabe toledano dibuja una calle como pueden verse aquí muchas parecidas, pero ninguna igual á la que ha producido la hábil combinación de líneas y formas que un día dibujaron cuerpos reales.

Reaparece lo real en el vendedor de melones del arco de Zocodover. En efecto, el arco árabe que da paso al antiguo Zoco, siendo testigo de los más notables hechos de la accidentada historia de Toledo, sirve, al par que un portalón del siglo XVII, de decorado ó fondo de este cuadro de marcado sabor toledano... y en el que el pintor ha sabido reunir con gran arte muchos detalles que retratan las luchas y sucesiones de los tiempos en la antigua corte visigótica.

Como á un artista, y es artista todo aquel que siente el arte, le gusta vivir en las ciudades históricas y sobre todo en las arqueológicas la vida antigua, y así uno se siente romano en el Foro de la Ciudad del Tiber, cristiano perseguido en sus catacumbas, moro en Granada y Sevilla, esbirro ó patriota perseguido en los canales de Venecia, y hombre de capa y espada en las calles de Siena ó de Toledo; así el capitán Simancas hubo de verse, un día, envuelto en roja capa, pelando la pava con la arriesgada doncella ó la inocente novicia del monasterio de Santo Domingo el Real, que bajaba á la reja en las altas horas





de la noche, desafiando las indiscretas luces de una luna y de un farol, garantía de la honestidad de aquellos galanteos, aunque tengan lugar á la puerta falsa del convento que podría abrir un galán á lo Tenorio.

Hoy, esas calles y esas casas que aquí vemos retratadas, las alumbraba esa luz que habíamos todos creído inventada para que diera más claridad que el gas; pero nada de esto, nada tan obscuro ni tan triste como esas bombitas eléctricas destinadas á alumbrar las ciudades. No: no hay necesidad de venir á Toledo para ver una ciudad así iluminada: Gerona no nos dejará mentir. Así, las calles toledanas de la edad media no sufren de que las iluminen los maravillosos candiles de los últimos años del siglo XIX, y que por su mezquindad no valen más que los míseros faroles de aceite que han conocido todos los toledanos, pues el gas nunca pudo subir á estas alturas.

Reaparece lo real aquí con la vista interior del jardín del Cristo de la Luz. No se ha buscado, existe el contraste formidable entre la sencilla y más que modesta vivienda del Conserje y la robusta é imponente masa de la formidable Puerta del Sol, la más hermosa de todas las puertas militares levantadas en España por el arte musulmán.

Todo lo que vemos en este cuadro, todo existe: la torre y la blanca morada, el pozo y las lilás, las macetas sin cuento, llenas de las más variadas y exquisitas flores, y todo el sol y la luz que recoge ese Toledo desde las alturas en que está colocado.

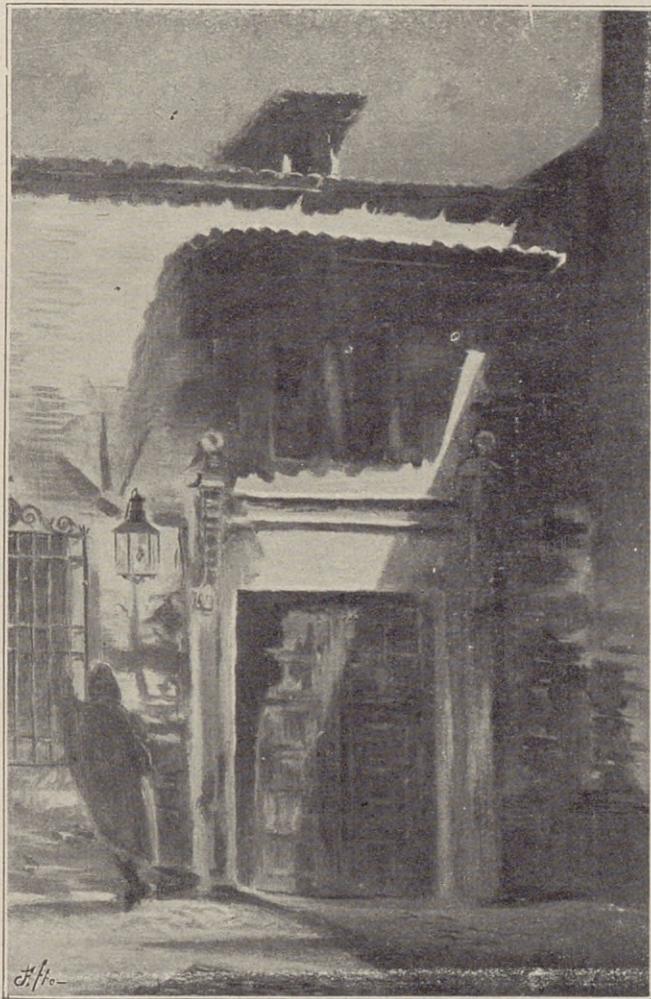
Pero ese cuadro del jardín de la ermita del Santo Cristo de la Luz nos lleva, como de la mano, al estudio del señor

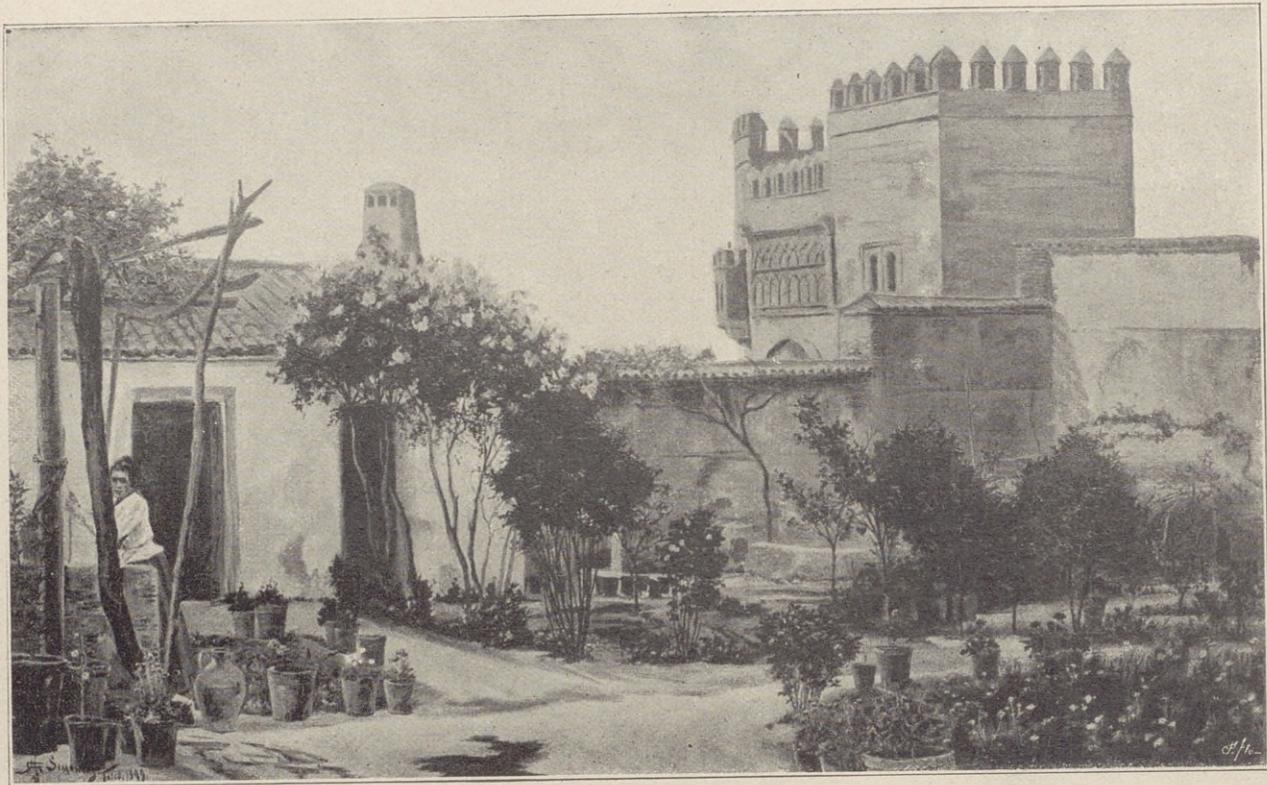
González y Simancas como rebuscador de antigüedades y de ignorados ó escondidos tesoros artísticos, como autor «de lo que se pierde en Toledo»; y de este González y Simancas sí que podemos decir de él con el mismo elogio, lo que la Academia de Bellas Artes de San Fernando, que acaba de nombrarle su correspondiente por el feliz, pero no casual, descubrimiento de la antigua y hermosa fachada árabe de la ermita que se disputan los visigodos de Atanagildo, los monarcas toledanos y Alfonso VI, que la recuperó, dejando en señal de su conquista en ella su escudo.

Del resultado conseguido por la tenaz investigación del Sr. González y Simancas dió detallada noticia el Sr. Amador de los Ríos en la *Ilustración española y americana*; y, aunque hoy se lo quieran disputar otros, la opinión unánime de Toledo, consagrada por el voto de la Academia de San Fernando, deja la cuestión resuelta.

Y, en verdad, ¿quién más que el Sr. González Simancas estaba en disposición de hacer tan grande descubrimiento, que grande es por tratarse del monumento más antiguo del arte árabe español, como que data del año 980? Cuando nadie más que él se consagra á buscar por dentro y por fuera de las casas y de las iglesias, los restos de las varias civilizaciones que se han sucedido en Toledo, ¿pudiera otro, como el acaso no le favoreciera, encontrar *lo que se pierde en Toledo?*

Conveníame á mí visitar la iglesia de San Sebastián, que no se abre más que una vez al año al culto, y acompañaronme el Sr. González Simancas y otros toledanos, quienes, por la dicha circunstancia, no conocían el interior de





la iglesia mozárabe (?), sin duda una de las más antiguas de Toledo. Los arcos de herradura, los techos planos que sostienen los grandes frisos que sobre aquéllos se levantan, ¿encierran, debajo de las infinitas capas de cal que han recibido, labores árabes ó mozárabes? El Sr. González y Simancas ha quedado en averiguarlo y lo averiguará.

Y así son Toledo, Granada (en donde he visto nuevas salas árabes arrancadas á los funestos blanqueadores), Sevilla y todas las principales ciudades de Andalucía. En arrancando á los antiguos monumentos los blancos sudarios de los bárbaros de la reconquista y de la edad moderna, reaparecen los antiguos monumentos visigóticos y árabes.

Creemos, pues, que, de continuar el Sr. González y Simancas con la misma constancia que ahora, registrando los rincones de Toledo en sus álbums, va á recoger una verdadera y riquísima enciclopedia de las artes decorativas, desde el estilo visigótico al del siglo XVIII, entrambos inclusivos.

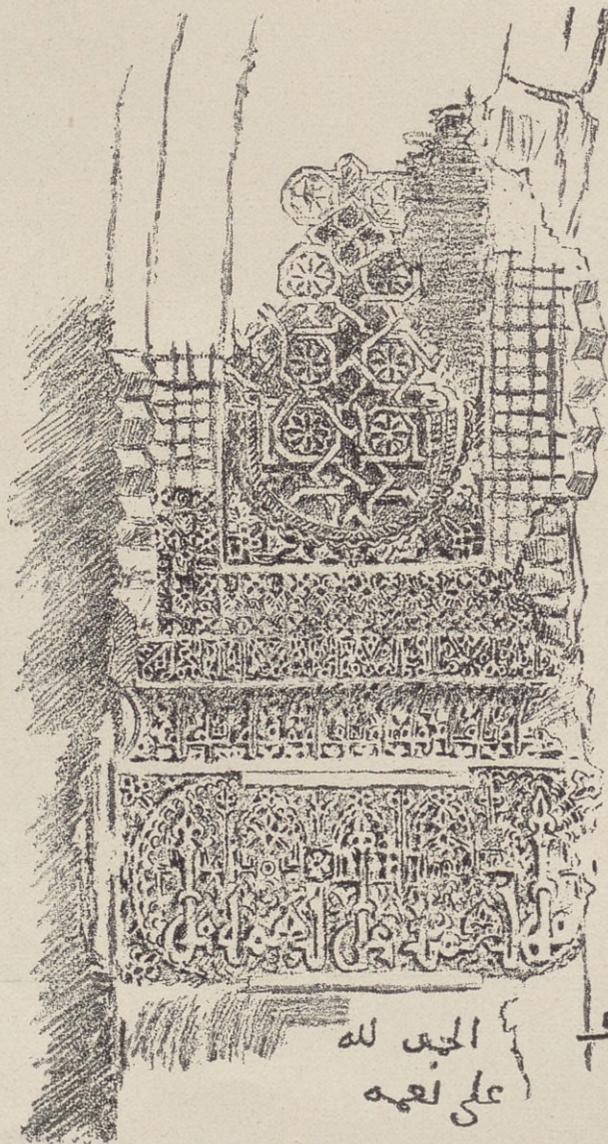
Porque, para el Sr. González Simancas, no hay estilo que merezca sus preferencias. Como no ejerce la arquitec-

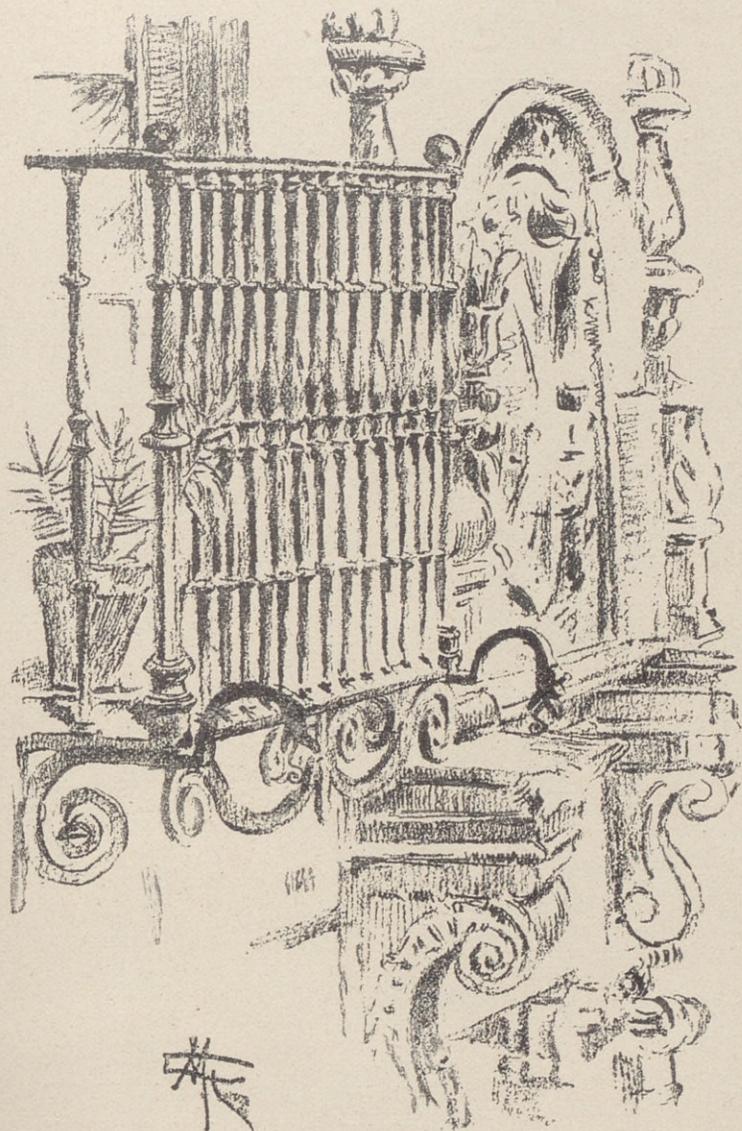
tura, no puede tenerlo, y como pintor todo lo ve por el lado decorativo: así recoge lo mismo lo árabe que lo gótico, lo mudéjar que lo plateresco y en prueba de ello aquí

van tres dibujos destinados á probar lo que hemos dicho y la habilidad y pericia del Sr. González Simancas en esta clase de estudios.

De la casa de los Colones, de la que no queda ya más en pie que una columna de su antiguo patio, es este fragmento empotrado en el interior de una jamba de la puerta de entrada. Este fragmento del arte árabe no lo puede recoger la máquina fotográfica por causa de su emplazamiento; pero la vista y el lápiz del Sr. González Simancas han bastado á recogerlo y conservarlo para el arte decorativo y para la historia del arte árabe toledano, tan serio, tan arquitectónico en todos tiempos.

Si la antigua casa de los Colones ha desaparecido, para dar lugar á unos grandes lavaderos, la casa Marrón desaparecerá para convertirse su solar en... ¿quién puede decirlo? Y ¿qué será de sus labores góticas, de las más puras que puedan verse, que aun hoy se dejan ver en medio de mil remiendos? ¿Irán





de la Luz, pero esta vez no con la fachada propiamente dicha, sino con su interior. Pero ¿por qué no podemos decir que, habiéndose sacado (¡quién sabe cuando!) de la nave central de la antigua mezquita un capitel de hojas de palma, compañero del que ha quedado en pie, seguramente por la mala calidad de su piedra, que comprometería la seguridad de la obra, reemplazándole con un capitel toscano que sienta tan bien en aquel interior como á un Cristo un par de pistolas, el Sr. Simancas ha buscado en Toledo, y ha encontrado, ese capitel dentro de una casa propiedad de D. C. F.?

Á la vista tengo el hermoso dibujo de ese capitel, que el Sr. González Simancas me ha ofrecido también para la *Hispania*; pero no he podido aceptarlo, porque creo que en primer término debe conocer de él la Academia nacional de Bellas Artes.

En suma, que el Sr. González y Simancas está preparando para nosotros una obra de incalculable utilidad; y digo para nosotros, porque sólo en Cataluña se cultivan las bellas artes industriales en toda su extensión, y sólo á Cataluña interesa conocer los elementos constitutivos de los varios estilos españoles, si quiere con sus productos imprimir aquel sello local que asegure su aceptación en los mercados castellanos.

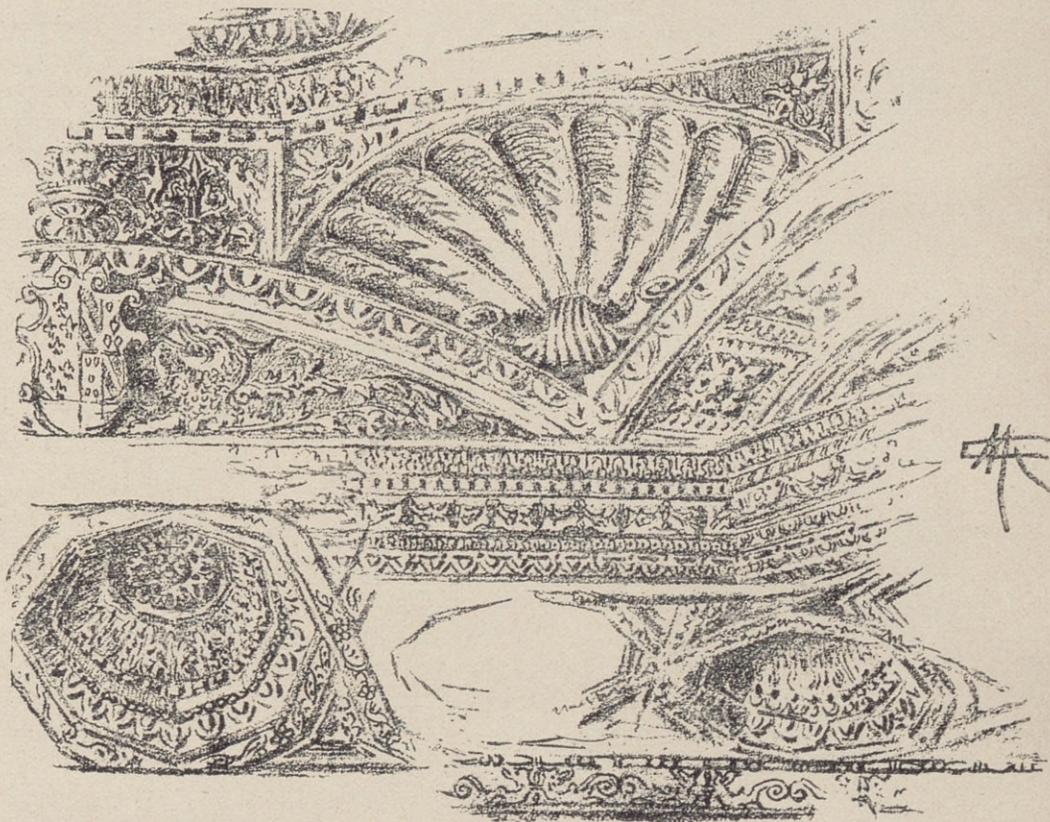
S. SANPERE Y MIQUEL

Ilustraciones de M. GONZÁLEZ SIMANCAS

al Museo provincial de Toledo? No hay más que ver ese Museo, que debería ser para el arte español riquísima biblioteca, para convencerse de que lo que se pierde en Toledo no se encuentra en dicho Museo: ¡tan grande es la incuria toledana!

Ejemplos de renacimiento y plateresco son los adjuntos apuntes del artesanado de la casa Monarris, antes Condes de Añover, de quien es el escudo que en el mismo se ve, y su pintoresca entrada con su balcón de típicos balaustres toledanos, que probarán cómo el Sr. González Simancas lo mismo atiende á la nota artística, que á la nota pintoresca, y cómo lo que él reúne difícilmente podría encomendarse á la máquina fotográfica por la dificultad del punto de vista.

Podríamos todavía presentar al Sr. González Simancas como arqueólogo, pero este aspecto tenemos que reservarlo, ya que lo más interesante de momento se relaciona con el descubrimiento de la fachada de la Ermita del Santo Cristo





EL VIAJE A LA MUERTE

Sobre la amarillenta tierra que el soplo de Otoño ha despojado ya de la esplendorosa vestimenta de esmeralda, y que las primeras heladas brisas de un Invierno que se acerca rápido, va llenando de seca hojarasca, la movediza turba comienza su odisea. Con paso lento y corto, alargando el cuello, batiendo á veces, torpemente, las casi inútiles alas, la compacta tribu avanza poco á poco.

Las primeras etapas se salvan casi alegremente. El término del viaje, término funesto, se halla todavía lejano y los presentimientos siniestros que empiezan á atormentar el espíritu de los veteranos, no hacen todavía mella en los bisoños, cuya inexperiencia no abriga aun el más leve temor y solo encuentra motivos de jolgorio y de encanto en aquel inesperado viaje.

¡Y tan inesperado, para la gente novel que hasta entonces no se había movido del corral nativo, ni visto más tierras ni vislumbrado más horizontes, que los de la apacible y retirada granja en donde viera la luz del día! Con el corazón regocijado y los ojos ávidos de nuevos espectáculos, prosiguen su camino los pavos adolescentes, enamorados de aquel cambio repentino que acaba de experimentar su hasta entonces monótona existencia: la peregrinación cuyo ignorado desenlace no sospechan ni remotamente, se les presenta llena de atractivos: todo es para ellos motivo de curiosidad y objeto de asombro; un mundo completamente distinto del que habían visto desde

el nacer, desfila ahora ante sus miradas, y lo que más aumenta su júbilo que expresan en sonoros *glu, glu, gluuuu...* es el encuentro, de tarde en tarde, con otras tribus de congéneres, de compañeros y de hermanos, que al volver de una encrucijada les salen al paso y enderezan su rumbo por el mismo camino; un camino cuya última etapa ignoran todavía.

Pero entre tanto los jóvenes andan contentos sin preocuparse de nada, sin soñar poco ni mucho en el día de mañana, los veteranos del cortejo andan mustios, cabizbajos, alicaídos: un secreto presentimiento, quizás algo más que un presentimiento, les dice que aquello no puede acabar en bien. Entre los ancianos de la tribu hay más de uno que recuerda, que el año anterior, en la misma época, hizo una excursión análoga, en numerosa y grata compañía; recuerda, hasta, que pasó por el mismo camino, dos veces: una al ir, otra al volver; recuerda las largas etapas andadas y su entrada después de muchos días de viaje en una ciudad grande y hermosa, mucho más grande, mucho más hermosa, que las aldeas cruzadas durante la expedición. Y recuerda por último, que si al ir eran muchos, al volver eran muy pocos: ¿donde habían quedado aquellos sus deudos y amigos que con él salieron tan gozosos de la granja natal?... En la ciudad: en la ciudad llena de movimiento, de vida, resplandeciente de luces, henchida de gentes bulliciosas; ¿qué había sido de ellos?... Misterio terrible, enigma indescifrable

que, durante un año entero, había torturado su pobre cerebro y que en estos momentos se le presenta más amenazador que nunca, y le hace estremecer y pone su piel de pavo, de piel de gallina.

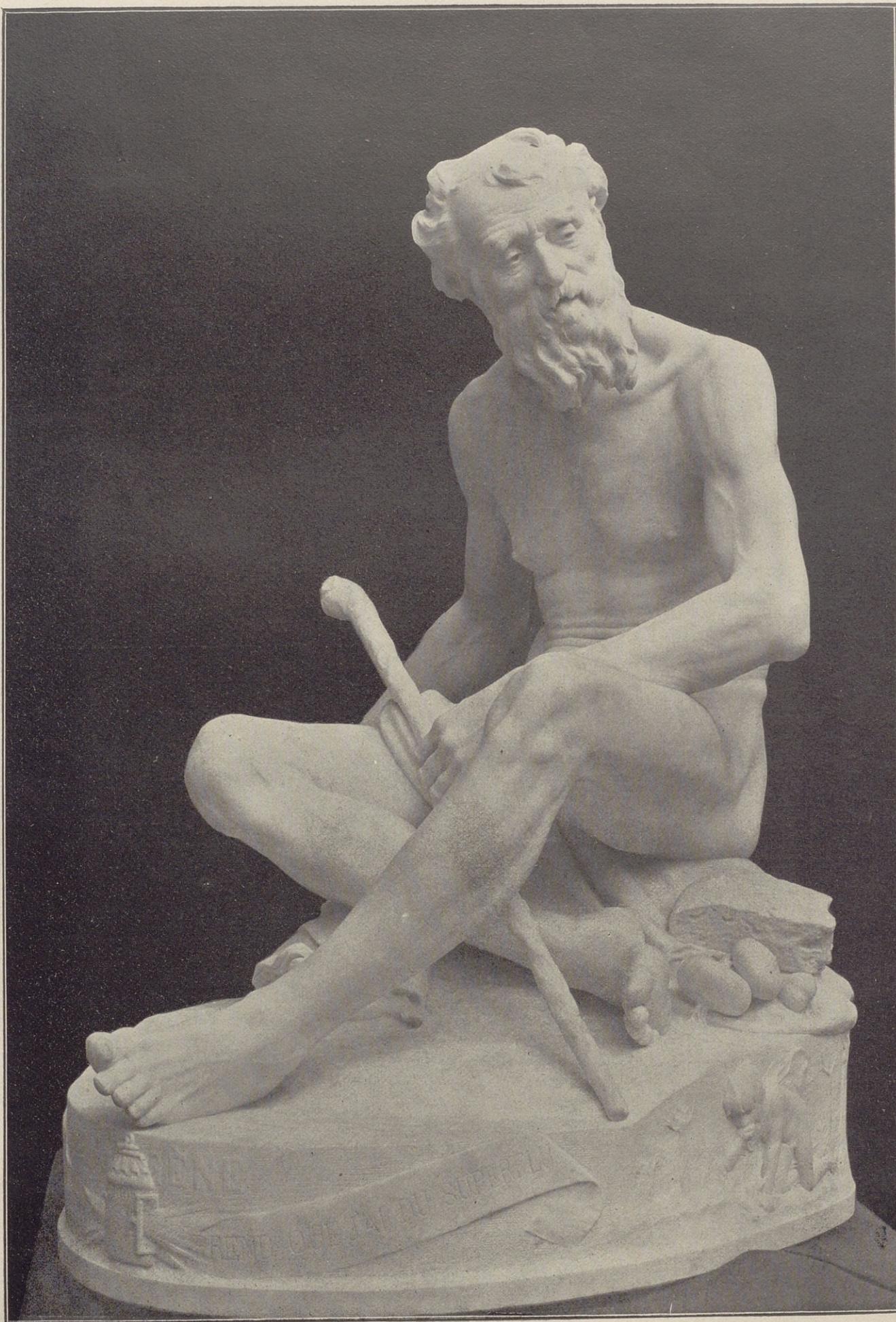
La alegría de sus jóvenes compañeros le entristece aun más y á menudo le tienta la idea de decirles: ¿á qué este júbilo y esta zambra? ¿sabéis siquiera ¡oh insensatos! á donde nos conducen nuestros guías, estos hombres cuya mano nos alimentó y que ahora nos llevan lejos del tranquilo corral en que vivimos felices y sin cuidados?... ¿No teméis acaso, que esta alegría se trueque dentro de breves días en horrible espanto?... Pero una segunda reflexión detiene en el pico del viejo pavo la advertencia pronta á salir: ¿á qué enturbiar, piensa, el gozo de estos inocentes?... cumplase nuestro destino, ya que de todos modos no hay medio de evitarlo.

Las etapas suceden á las etapas y el viaje prosigue lento, interminable: á las jornadas alegres que iluminaba un sol hermoso y reconfortante siguen las jornadas tristes: las caminatas bajo una lluvia fría que cubre la ruta de lodazales y deslustra los relucientes plumajes de los viajeros: sopla un cierzo helado, á cuyo halito se ponen las carnes estremecidas y solo algún *glu, glu, gluuuu* melancólico y prolongado turba, de tarde en tarde, el silencio consternado de la andante multitud. Ya no expresa la gente joven el regocijo de los primeros días, trocado

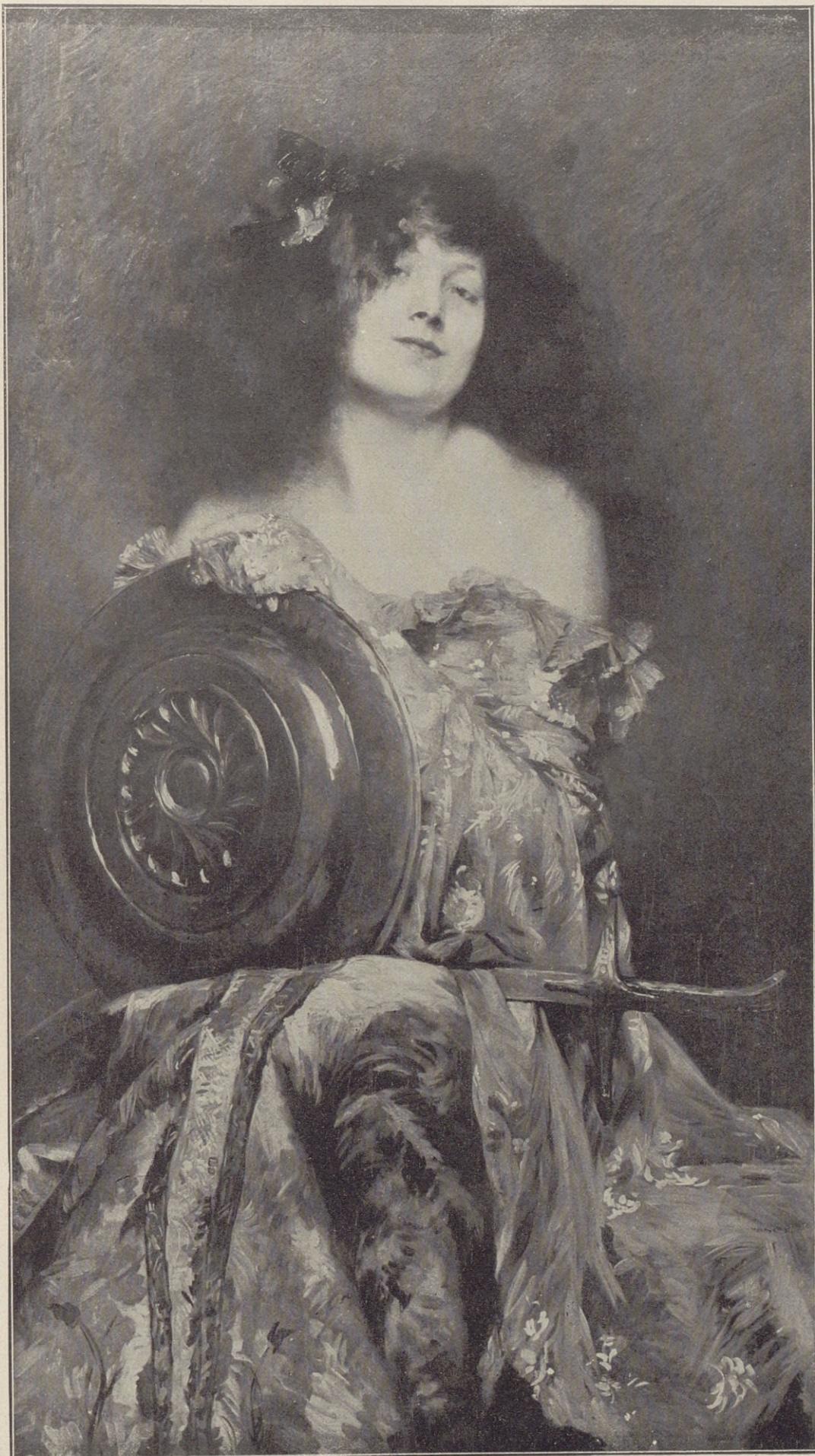
ahora por la amarga añoranza del perdido corral: ¡ah! si fuese posible volver colas y desandar lo andado y refugiarse otra vez en aquel rincón de tierra tan tranquilo y resguardado, donde la vida se deslizaba sin emociones, pero sin cuidados... Pesar estéril ¡ay! no cabe más que seguir trotando... y contemplar con mirada de angustiosa envidia el vuelo del pájaro que libre y sin yugo alguno vuela rápido por el aire y desaparece en la inmensidad.

Y prosigue la caminata, hasta que una tarde, cuando el sol se oculta ya, llega la manada á las puertas de una ciudad, que debe de ser muy grande y muy hermosa, muy rica, de cuyo seno surge como un poderoso murmullo de vida. En aquel momento un estremecimiento de curiosidad y hasta de gozo sacude á la volátil cohorte: los jóvenes sienten renacer su espíritu, baten alas y abren sus picos voceadores. Un hombre gordo, bien vestido, respirando salud y bienestar, contempla sonriendo el paso de la turbulenta grey; el pavo más viejo de la tribu se detiene un momento, mira al hombre y exclama en su lenguaje algo que quiere decir:

Ave, Cesar, morituri te salutant.



E. BOISSEAU.—DIÓGENES. (E. F., Fot.)



J. ROMANI.—SALOMÉ. (E. F. For.)



CANTARES

I

Andando de noche
llegué al cementerio,
toditos los muertos, debajo sus cruces
estaban durmiendo.

II

Yo tuve celos de un ave
que se posó en tu ventana,
y de un tiro la maté;
¡ Pajarillo de mi alma !

III

Mis labios sobre los tuyos
todas las noches yo sueño;
¡ ay ! cuando será, bien mío,
que esté soñando despierto.

IV

Así á las puertas del cielo,
dos almas piden entrada :
« Yo he llorado mucho, mucho. »
« Yo he secado muchas lágrimas. »

V

¡ Mira que casualidad !
me juraste amor eterno,
al tiempo que una campana
estaba tocando á muerto.

VI

Arrebujada en la cama
oyes mis pobres cantares,
felices ellos que llegan
adonde no llega nadie.

VII

La escalera de tu casa
tiene escalones bien raros;
son de ilusiones, si subo,
si bajo, de desengaños.

VIII

Me han dicho que están quejosos
los rosales de tu cara,
pues no les deja crecer
la sombra de tus pestañas.

IX

Á la virgen del Olvido
dijo la de los Dolores :
« ¡ ay ! si no fuera por ti,
pobrecitos de los hombres ! »

X

Sé que con otro te ríes,
sabiendo que por ti lloro ;
si el río sale de madre
ha de arrastrarnos á todos.

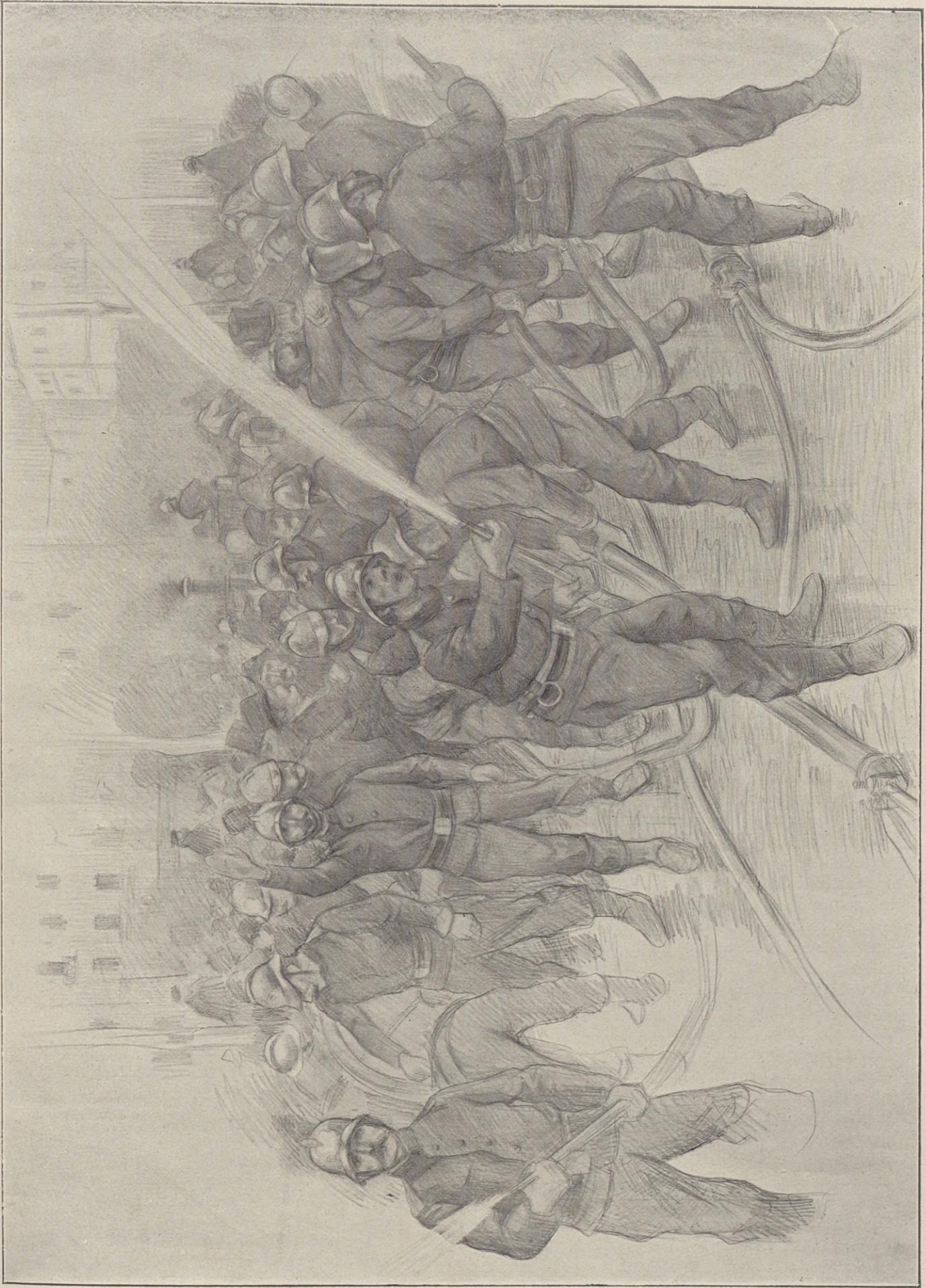
XI

Pensando en ti, vida mía,
salí al campo y dí un suspiro,
y un pájaro que lo oyó
besó á su hembra en el pico.

XII

Dos deudas tengo en el mundo,
dos deudas tengo sagradas;
debo mi cuerpo á la tierra,
y debo á mi Dios el alma.

MELCHOR DE PALAU



J. SARDÁ.—APUNTES DEL NATURAL

Madame RÉJANE



DE cuantas actrices he aplaudido, no sé ninguna que á mis ojos, haya personificado, encarnado, tan maravillosamente sobre la escena, cual Réjane, á ese ser caprichoso y complejo, lleno de ternura y de perfidia, de egoísmo y de abnegación; felino en amor, y en amistad fiel cual el can; á ese ser delicioso en suma, sin rival en el mundo y que se llama la Parisien.»

El elogio no puede ser más completo: y quien lo tributa no es ningún revistero de teatros, ni ningún crítico más ó menos autorizado é influyente, severo ó galante: no; es un elogio salido de la pluma del viejo Sardou, el más exigente de los dramaturgos contemporáneos y el que mayor número de valiosos intérpretes ha visto desfilar ante su severa mirada, en todos los teatros de París. Sardou es un hombre que no está nunca contento...—decía gruñendo un excelente actor.— Y que cuando lo está no lo confiesa...—replicaba una actriz de mucho mérito.— Júzguese, pues, de la perfección que habrá debido alcanzar Réjane, para que el autor de *Madame Sans-Gêne* se tuviera por satisfecho y lo declarase en términos tan entusiastas. Y para que otro autor ilustre, de menos boga y de menos habilidad escénica que Sardou, pero mucho más literato y mucho más artista dijese un día: Réjane?... *eh! bien, c'est la première comédienne de France.*

Y esa calificación no parecerá exagerada á los que hayan seguido con alguna atención el movimiento teatral francés durante estos últimos veinticinco años. Dios sabe, empero, si es difícil conquistarse un primer puesto, una reputación avasalladora, indiscutible, en un país que, como Francia, ha contado durante ese espacio de tiempo con artistas de tanta valía como, por ejemplo, Aimée Desclée, la ideal intérprete de Dumas, hijo, como la Croizette, como la Reichemberg y como la gran Sarah. Verdad es que las dos primeras han desaparecido ya, hace años de la escena y de la vida, pero dejaron un recuerdo que había de ser por lo brillante, altamente peligroso para sus sucesoras. Y si ellas desaparecieron, vive todavía la *do-yenne* del Teatro francés y vive también Sarah Bernhardt, la potente y genial actriz, á cuyo lado parecía, punto menos que imposible, naciera y se cimentara otra gloria, sino bastante para obscurecer la suya, suficiente para brillar con propio resplandor.

Las comparaciones son siempre odiosas, conforme se ha dicho muchas veces, y á menudo son pueriles. Seríalo querer establecer un parangón entre Réjane y Sarah Bernhardt, dos artistas de temperamento muy distinto, de

estilo y de procedimientos también muy opuestos, aunque más de una vez hayan cultivado el mismo repertorio; si de Sarah puede decirse que es la primera «dramática» de la escena francesa, á Réjane puede aplicársele lo de la *comédienne*, en el sentido algo limitado de la palabra. En la «comedia» no encuentra hoy Réjane quien la supere, y en esta sola afirmación queda condensado el más justo y más cumplido elogio que sea posible hacer de su talento, ya que en ese género tan difícil, se ha mostrado muy á menudo su gloriosa rival á una altura incomparable. Lo que caracteriza especialmente el modo de ser artístico de Réjane es, aparte de su rara intuición que le hace adivinar y comprender é interpretar con psicológica maestría la naturaleza del personaje creado por el autor, es la prodigiosa variedad de matices con que borda su papel; variedad que arranca más aun que del estudio profundo, incesante de su arte, de la riqueza y de la exuberancia de su temperamento. De ahí, esa consumada perfección con que sabe encarnar tantos y tantos diferentes tipos teatrales; de ahí ese realismo exquisito con que personifica todas sus creaciones, imprimiéndolas una vida intensa. Una de las mayores dificultades que ha de vencer un artista y una de sus mayores ventajas si consigue superar tal dificultad consiste en lo que los actores de allende los Pirineos llaman *entrer dans la peau du bonhomme*: Réjane sabe entrar con una facilidad, una seguridad y un tacto increíbles: poco importa que los papeles que se le confien, sean de una complejidad y de una contra-oposición, capaces de desconcertar á la actriz más clarividente y experimentada; Réjane posee el don rarísimo de esa asimilación, de esa compenetración llevada al último grado, que caracteriza á los grandes actores. En su ya larga y brillantísima carrera ha personificado los tipos más opuestos y en todos ellos ha demostrado la posesión de esa facultad tan poco común, aun en actrices de primer orden. De *Fanny Lear* á Madame de Cézambre (en *La Glu*), de *Germinie Lacerteux* á *Frou-Frou*, de *Lysistrata* á *Madame Sans-Gêne* media un abismo; no puede ya darse tipos, ni género más distintos, más opuestos... Réjane los interpreta y les da vida con la misma maestría, con la misma gracia, con la misma profundidad de concepción... y no siendo nunca la misma. Si la frase no resultase pedantesca diríamos que es una artista Proteo, cuya voz, cuyo gusto, cuyo mirar, cuyo ser, en fin, pueden tomar todos los aspectos de la mujer.

¡Y son tan pocas, tan pocas las artistas de quienes se puede decir hoy lo que decimos de Réjane!

Azulejos cartón piedra de HERMENEGILDO MIRALLES: 59, Bailén, 59; Barcelona

PLAFÓN DECORATIVO

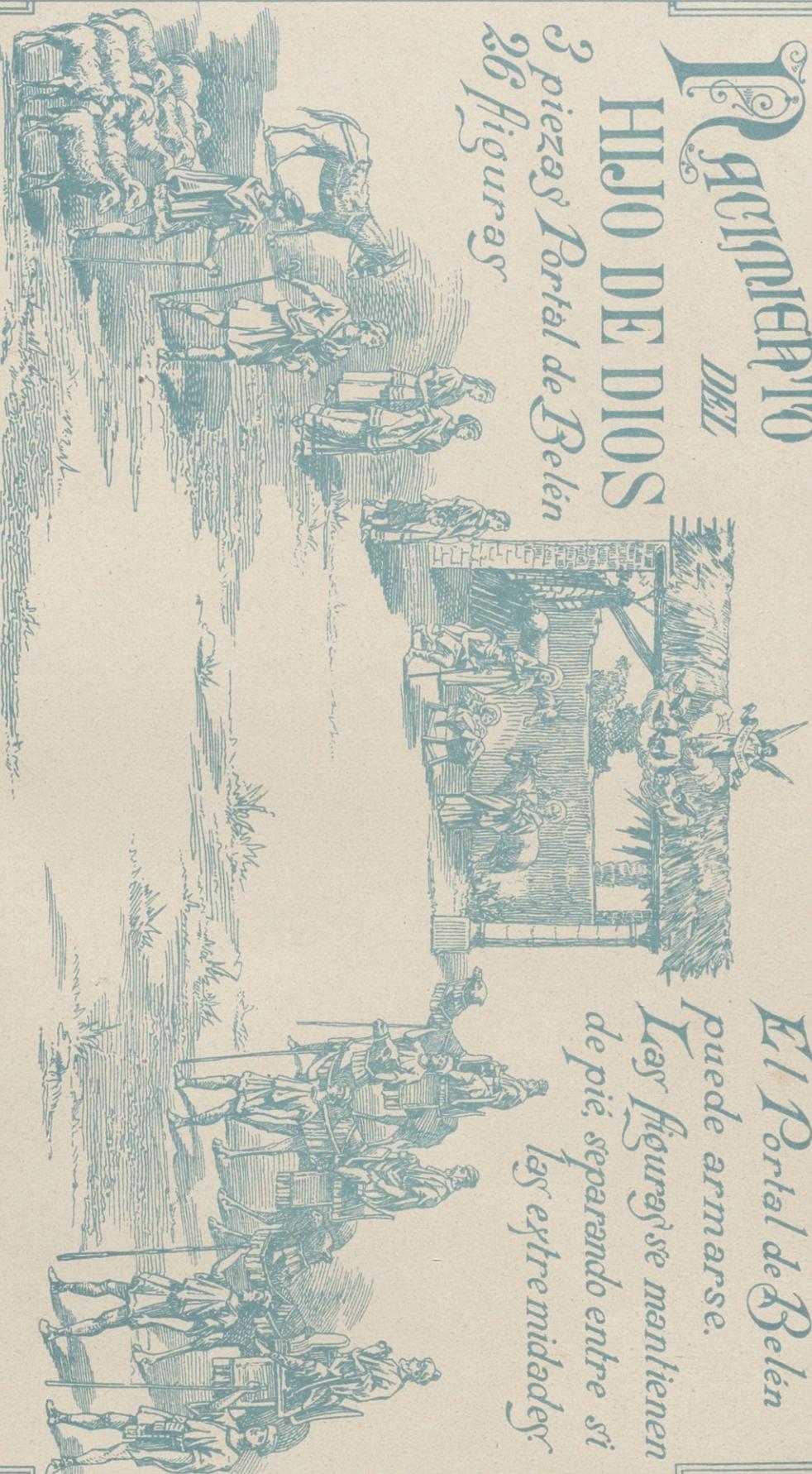


40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1^m X 1'60

REQUERITO
DEL

HJO DE DIOS

3 piezas Portal de Belén
26 Figuras



El Portal de Belén

puede armarse.

*Las figuras se mantienen
de pie, separando entre sí
las extremidades*

PÍDASE EN LAS LIBRERÍAS Y TIENDAS DE JUGUETES